



SÉ LO QUE ESTÁS PENSANDO



JOHN VERDON



Sé lo que estás pensando

John Verdon

Traducción de Javier Guerrero

Rocaeditorial

Para Naomi

Prólogo

—¿*D*ónde estabas? —dijo la anciana desde la cama—. Tenía que hacer pis y no venía nadie.

Sin inmutarse por el tono desagradable de la mujer, el joven se quedó a los pies de la cama, sonriendo.

—Tenía que hacer pis —repitió ella, de un modo más vago, como si ya no estuviera segura del significado de las palabras.

—Tengo una buena noticia, madre —dijo el hombre—. Pronto estará todo bien. Nada quedará sin atender.

—¿Adónde vas cuando me dejas sola? —La voz de la mujer volvía a ser brusca, quejumbrosa.

—No muy lejos, madre. Sabes muy bien que nunca me alejo.

—No me gusta estar sola.

La sonrisa del hombre se ensanchó; era casi beatífica.

—Muy pronto todo estará bien. Todo será como tenía que ser. Puedes confiar en mí, madre. He encontrado una forma de arreglarlo todo. Dará lo que ha quitado al recibir lo dado.

—Eres un gran poeta.

No había ventanas en la habitación. La luz lateral que proyectaba la lámpara de la mesita —la única fuente de iluminación— resaltaba la gruesa cicatriz de la garganta de la mujer y las sombras en los ojos de su hijo.

—¿Iremos a bailar? —preguntó ella, con la mirada perdida más allá de su hijo y de la pared oscura que había detrás, hacía una visión más brillante.

—Por supuesto, madre. Todo será perfecto.

—¿Dónde está mi Dickie Duck?

—Aquí, madre.

—¿Dickie Duck se va a acostar?

—A rorro, a rorro.

—Tengo que hacer pis —dijo ella, casi con coquetería.

PRIMERA PARTE

Recuerdos fatales

Arte policial

Jason Strunk era, a decir de todos, un tipo insignificante, un treintañero anodino casi invisible para sus vecinos, y al parecer también inaudible, porque ninguno de ellos recordaba nada concreto que hubiera dicho. Ni siquiera tenían la certeza de que hubiera hablado. Tal vez saludaba con la cabeza, quizá decía hola, tal vez musitaba una palabra o dos. Era difícil decirlo.

De entrada, todos expresaron su consternación, incluso una temporal incredulidad, cuando se desveló la devoción obsesiva del señor Strunk por matar hombres con bigote, de mediana edad, así como su perturbadora forma de deshacerse de los cadáveres: los cortaba en trozos manejables, los envolvía en paquetes de colores y los enviaba por correo a los agentes de Policía locales como regalos de Navidad.

13

Dave Gurney examinó con atención el rostro lívido y plácido de Jason Strunk, que le devolvía la mirada desde la pantalla de su ordenador; en realidad, era la foto de la ficha policial de Jason Strunk, tomada tras la detención. Había ampliado la imagen para que la cara tuviera el tamaño real, y la faz estaba rodeada en los bordes de la pantalla por iconos de herramientas de un programa de retoque fotográfico creativo al que Gurney estaba empezando a pillarle el tranquillo.

Movió una de las herramientas de control de brillo hasta el iris del ojo derecho de Strunk, hizo clic con el ratón y examinó el pequeño reflejo que había creado.

Mejor, pero todavía no estaba bien.

Los ojos siempre eran lo más difícil —los ojos y la boca—, pero eran la clave. En ocasiones tenía que experimentar con la

posición y la intensidad de un minúsculo reflejo durante horas, y aun así terminaba con un resultado que no le satisfacía, que no era lo bastante bueno para enseñárselo a Sonya, y menos a Madeleine.

El problema con los ojos radicaba en que éstos, más que ninguna otra de las facciones de la cara, captaban la tensión, la contradicción: la indiferencia reservada, salpicada con una pizca de crueldad, que Gurney había discernido con frecuencia en los rostros de los asesinos con los que había tenido la oportunidad de pasar tiempo a solas.

Había conseguido acertar en la mirada tras su paciente manipulación del retrato de la ficha policial de Jorge Kunzman (el empleado de Walmart que siempre guardaba la cabeza de su última conquista hasta que podía sustituirla por otra más reciente). Le había complacido el resultado: expresaba con inquietante inmediatez la vacuidad profunda y negra que se ocultaba tras la expresión aburrida del señor Kunzman. Por otro lado, la reacción entusiasta de Sonya, su efusivo elogio, lo había confirmado en su opinión. Era esa acogida, además de la venta inesperada de la obra a uno de los amigos coleccionistas de Sonya, lo que lo motivaba a producir la serie de fotografías creativamente retocadas que se exhibían en una muestra titulada *Retratos de los asesinos por el hombre que los detuvo*, en la pequeña pero cara galería de Sonya en Ithaca.

14

Cómo un detective de homicidios del Departamento de Policía de Nueva York, recientemente retirado y con manifiesto desinterés por el arte en general y por el contemporáneo en particular, unido a un profundo desagrado por la fama, había terminado en una pequeña localidad universitaria como protagonista de una muestra de arte chic, descrita por los críticos locales «como una novedosa combinación de fotografías de una crudeza brutal, percepciones psicológicas inquebrantables y manipulaciones gráficas geniales», era una pregunta con dos respuestas muy diferentes: la suya y la de su mujer.

Por lo que a él respectaba, todo empezó cuando Madeleine lo engatusó para que se apuntara con ella a un curso de introducción al arte en el museo de Cooperstown. Siempre estaba

tratando de sacarlo: de su estudio, de la casa, de sí mismo, simplemente sacarlo. Él había aprendido que la mejor forma de mantener el control de su propio tiempo era mediante una estrategia de capitulaciones periódicas. El curso de apreciación artística correspondía a uno de estos movimientos estratégicos, y aunque temía la perspectiva de soportarlo, esperaba que lo inmunizara contra presiones posteriores durante al menos un mes o dos. No es que viviera pegado al sofá, ni mucho menos. A sus cuarenta y siete años, aún podía hacer cincuenta flexiones y cincuenta abdominales. Simplemente no le gustaba mucho salir.

El curso, no obstante, resultó una sorpresa: de hecho, tres sorpresas. En primer lugar, a pesar de que había supuesto que el mayor reto sería aguantar despierto, la profesora, Sonya Reynolds, dueña de galería y artista de fama en la región, le pareció fascinante. No era hermosa de un modo convencional, no a la manera del arquetipo europeo de Catherine Deneuve. Tenía los labios demasiado fruncidos, los pómulos excesivamente prominentes, la nariz demasiado enérgica. Sin embargo, por alguna razón, las partes imperfectas quedaban unificadas en un conjunto fuera de lo común gracias a unos grandes ojos de un verde grisáceo profundo y a un estilo relajado que era sensual de manera natural. No había muchos hombres en la clase, sólo seis de los veintiséis participantes, pero Sonya Reynolds concitaba la atención absoluta de los seis.

15

La segunda sorpresa fue su propia reacción positiva al curso. Al tener un interés especial en ello, Sonya consagraba un tiempo considerable al arte derivado de la fotografía: fotos manipuladas para crear imágenes más poderosas o comunicativas que los originales.

La tercera sorpresa se produjo a las tres semanas del curso, que duraba un total de doce, una noche en que Sonya estaba comentando con entusiasmo las serigrafías de un artista contemporáneo realizadas a partir de retratos fotográficos solarizados. Al mirar las serigrafías, a Gurney se le ocurrió que podía sacar partido de un recurso inusual al que tenía un acceso privilegiado y al cual podía aportar una perspectiva personal. La idea era extrañamente emocionante. Lo último que esperaba de un curso de introducción al arte era que fuera apasionante.

Una vez que se le ocurrió, la idea —potenciar, clarificar e intensificar retratos de la ficha policial de diversos criminales, en especial retratos de asesinos, para capturar y reflejar la naturaleza de la bestia que había pasado estudiando, persiguiendo y burlando toda su carrera— le cautivó. Pensaba en ello con más frecuencia de lo que estaba dispuesto a reconocer. Al fin y al cabo, era un hombre prudente, capaz de ver las dos caras de cada problema, el defecto en cada certeza, la ingenuidad en cada entusiasmo.

Mientras trabajaba en la foto de Jason Strunk en el escritorio de su estudio esa brillante mañana de octubre, el sonido de algo que cayó al suelo detrás de él le interrumpió.

—Voy a dejar esto aquí —dijo Madeleine Gurney con una voz que a cualquiera podría haberle sonado natural, inocente, pero que a su marido le sonó tensa.

Dave Gurney miró por encima del hombro, entrecerrando los ojos al ver el pequeño saco de arpillera apoyado contra la puerta.

—¿Qué dejas? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

—Tulipanes —dijo Madeleine con el mismo tono.

—¿Quieres decir bulbos?

Una corrección estúpida, ambos lo sabían. No era más que una manera de expresar su irritación por el hecho de que Madeleine quisiese que hiciera algo que no tenía ganas de hacer.

—¿Qué quieres que haga con los bulbos aquí?

—Llevarlos al jardín y ayudarme a plantarlos.

Gurney consideró que era ilógico llevárselos al estudio para luego hacérselo volver a sacar, pero se lo pensó mejor.

—En cuanto termine con esto —dijo un poco molesto.

Se dio cuenta de que plantar bulbos de tulipán en un día espléndido del veranillo de San Martín en un jardín situado en una cumbre con vistas a un panorama de bosques otoñales de color carmesí y prados esmeralda que se desplegaban bajo un cielo azul cobalto, no era un encargo demasiado pesado. Simplemente detestaba que lo interrumpieran. Reaccionar así, se dijo, era una consecuencia de su mayor virtud: la mente lineal y lógica que lo había convertido en un detective de gran éxito,

la mente que se alertaba por la más ligera discontinuidad en el relato de un sospechoso, la mente capaz de percibir una fisura demasiado fina para que la mayoría de los ojos la vieran.

Madeleine miró por encima del hombro de Gurney a la pantalla del ordenador.

—¿Cómo puedes trabajar en algo tan feo en un día como éste? —preguntó.

Una víctima perfecta

David y Madeleine Gurney vivían en una sólida casa de labranza del siglo XIX, enclavada en el rincón de un prado solitario, al final de un camino sin salida en las colinas del condado de Delaware, a unos ocho kilómetros del pueblo de Walnut Crossing. Un bosque de cerezos, arces y robles rodeaba la pradera de cuatro hectáreas.

18 La casa conservaba su sencillez arquitectónica original. En el año que hacía que la poseían, los Gurney habían restaurado las desafortunadas modernizaciones llevadas a cabo por el anterior propietario, para conferirle a su hogar una apariencia más auténtica. Habían sustituido, por ejemplo, inhóspitas ventanas de aluminio por otras con marco de madera que poseían el estilo de luz partida de un siglo antes. No lo habían hecho por obsesión por la autenticidad histórica, sino en reconocimiento de que la estética original era, en cierto modo, la más «adecuada». El aspecto que una casa ha de tener y la sensación que debe transmitir eran los temas en los cuales Madeleine y David estaban en completa armonía, algo que, él tenía la sensación, cada vez era menos frecuente.

Esa idea le había estado corroyendo el ánimo durante la mayor parte del día, y el comentario de su mujer sobre la fealdad del retrato en el que estaba trabajando no hizo sino reactivarla. Esa misma tarde, mientras intentaba dormir la siesta en su silla de teca favorita, después de plantar los tulipanes, notó las pisadas de Madeleine, que se acercó a él a través de la hierba alta que le llegaba hasta los tobillos. En cuanto las pisadas se detuvieron ante su silla, David abrió un ojo.

—¿Crees —dijo ella en su tono calmado y benévolo— que

es demasiado tarde para sacar la canoa? —El tono sugería tanto una pregunta como un reto.

Madeleine era una mujer delgada y atlética de cuarenta y cinco años que fácilmente podía pasar por una de treinta y cinco. Su mirada era franca, serena, inquisitiva. El cabello castaño y largo, con la excepción de unos pocos mechones sueltos, estaba recogido bajo su sombrero de jardín de ala ancha.

—¿De verdad te parece feo? —respondió, sumido en sus pensamientos.

—Por supuesto que es feo —dijo ella sin vacilación—. ¿Se supone que no ha de serlo?

David torció el gesto al considerar el comentario.

—¿Te refieres al motivo? —preguntó.

—¿A qué más podría referirme?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Resultabas un poco desdeñosa, tanto respecto a la ejecución como al motivo.

—Lo lamento.

No parecía lamentarlo. Cuando estaba a punto de decírselo, Madeleine cambió de tema.

—¿Tienes ganas de ver a tu antiguo compañero de clase?

—No muchas —dijo, ajustando el respaldo del asiento—. No me entusiasma recordar el pasado.

—A lo mejor tiene un asesinato para que lo resuelvas.

Gurney miró a su mujer, estudió la ambigüedad de su expresión.

—¿Crees que eso es lo que quiere? —preguntó con tibieza.

—¿No eres famoso por eso? —La rabia estaba empezando a tensarle la voz.

Era una reacción que había observado desde hacía meses. Creía entender de qué se trataba. Tenían ideas diferentes de lo que había supuesto su retiro, qué clase de cambios iba a provocar en sus vidas y, más concretamente, cómo se suponía que iba a cambiarlo a él. Últimamente, además, había estado creciendo cierto resentimiento en torno a esa nueva afición de David: el proyecto de los retratos de asesinos que estaba absorbiendo su tiempo. Él sospechaba que la negatividad de Madeleine en este aspecto podría estar relacionada, en parte, con el entusiasmo de Sonya.

—¿Sabes que también es famoso? —preguntó Madeleine.

—¿Quién?

—Tu compañero de clase.

—La verdad es que no. Dijo algo al teléfono de que había escrito un libro, y lo comprobé al momento. No se me había ocurrido que fuera famoso.

—Dos libros —afirmó Madeleine—. Es director de algún tipo de instituto en Peony, y pronunció una serie de conferencias que pasaron en la PBS. Imprimí el texto de las solapas del libro. Por si quieres echarle un vistazo.

—Supongo que él mismo me dirá todo lo que hay que saber de él y de sus libros. No parece tímido.

—Como quieras. He dejado las copias en tu escritorio, por si cambias de opinión. Por cierto, Kyle ha llamado antes.

David la miró en silencio.

—Le dije que le llamarías.

—¿Por qué no me has avisado? —preguntó, más irritado de lo que pretendía. Su hijo no llamaba muy a menudo.

—Le he preguntado si quería que te localizara. Ha dicho que no quería molestarte, que no era urgente.

20

—¿Ha dicho algo más?

—No.

Se volvió y cruzó la gruesa capa de hierba húmeda en dirección a la casa. Cuando alcanzó la puerta lateral y puso la mano en el pomo, pareció recordar algo más, volvió a mirarlo y habló con exagerado desconcierto.

—Según la solapa del libro, tu antiguo compañero de clase parece un santo, perfecto en todo. Un gurú de la buena conducta. Cuesta imaginar que necesite consultar a un detective de homicidios.

—Un detective de homicidios retirado —la corrigió Gurney.

Pero ella ya se había ido y no había intentado amortiguar el portazo.

Problema en el paraíso

El día siguiente fue más espléndido que el anterior. Era la perfecta foto de octubre en un calendario de Nueva Inglaterra. Gurney se despertó a las siete de la mañana, se duchó y se afeitó, se puso los tejanos y un jersey fino de algodón, y estaba tomándose un café sentado en una silla de lona en el patio de piedras azules al que se accedía desde el dormitorio. El patio y la puerta cristalera habían sido idea de Madeleine.

Era buena en esa clase de cosas, tenía sensibilidad para lo que era posible, lo que era apropiado. Revelaba mucho de ella: sus instintos positivos, su imaginación práctica, su innato buen gusto. Sin embargo, cuando se quedaba enredado en sus disputas con ella —los fangos y zarzas de las expectativas que cada uno cultivaba en privado—, le resultaba difícil recordar las muchas virtudes de su esposa.

Tenía que acordarse de llamar a Kyle. Aunque esperaba tres horas por la diferencia horaria entre Walnut Crossing y Seattle. Se hundió más en la silla, sujetando la taza de café caliente con las dos manos.

Miró la delgada carpeta que había sacado junto con su café y trató de imaginar la aparición del compañero de la universidad al que no había visto desde hacía veinticinco años. La foto de la solapa del libro que Madeleine había impreso de la web de una librería le avivó el recuerdo no sólo de la cara, sino también de la personalidad, que completó con el timbre de voz de un tenor irlandés y con una sonrisa increíblemente encantadora.

Cuando eran estudiantes universitarios en el campus de Fordham Rose Hill, en el Bronx, Mark Mellery era un personaje alocado cuyos arranques de humor y sinceridad, de energía y de ambición, estaban teñidos por algo más oscuro. Tendía

a caminar por la cornisa: una especie de genio acelerado, a un tiempo inquieto y calculador, siempre al borde de una espiral destructiva.

Según la biografía que aparecía en su página web, la dirección de la espiral, que lo había hundido rápidamente a los veintitantos años, se había revertido a los treinta y tantos gracias a una suerte de transformación espiritual radical.

Tras poner su taza de café en el estrecho brazo de madera de la silla, Gurney abrió la carpeta en su regazo, sacó el mensaje de correo electrónico que había recibido de Mellery una semana antes y volvió a leerlo, línea a línea.

Hola, Dave:

Espero que no consideres inapropiado que un viejo compañero de clase contacte contigo después de transcurrido tanto tiempo. Uno nunca puede estar seguro de lo que una voz del pasado puede evocar. He mantenido el contacto con nuestro pasado académico a través de nuestra asociación de alumnos, y me han fascinado las noticias publicadas a lo largo de los años referidas a miembros de nuestra promoción. Me alegré al ver, en más de una ocasión, tus hazañas estelares y el reconocimiento que estabas recibiendo. (Un artículo en nuestro *Alumni News* se refería a ti como «el detective más condecorado del Departamento de Policía de Nueva York», lo cual no me sorprendió demasiado, al recordar al Dave Gurney que conocí en la universidad.) Luego, hace más o menos un año, vi que te habías retirado del Departamento de Policía y que te habías trasladado al condado de Delaware. Me llamó la atención, porque resulta que yo resido en Peony, a un tiro de piedra, como se suele decir. Dudo que hayas oído hablar de ello, pero ahora dirijo una especie de casa de retiro aquí, el Instituto para la Renovación Espiritual. Suena pedante, lo sé, pero, en realidad, es una institución que tiene «los pies en el suelo».

Aunque he pensado muchas veces a lo largo de los años que me gustaría volver a verte, una situación inquietante me ha dado por fin el empujón que necesitaba para dejar de pensar en ello y ponerme en contacto contigo. Se trata de algo en lo que creo que tu consejo podría serme de suma utilidad. Me gustaría hacerte una breve visita. Si pudieras reservarme un hueco de media hora, iría a tu casa de Walnut Crossing o a cualquier otro lugar que a ti te convenga.

Mis recuerdos de nuestras conversaciones en el campus y aún más de nuestras conversaciones en el Shamrock Bar —por no mencionar tu destacada experiencia profesional— me convencen de que eres la persona adecuada con la que hablar de la compleja cuestión que se me ha presentado. Se trata de un extraño enigma que sospecho que te interesará. La capacidad de sumar dos y dos de formas que escapan a todos los demás siempre fue tu mayor virtud. Cuando pienso en ti, siempre recuerdo tu lógica impecable y tu clarividencia, cualidades que necesito, y mucho, ahora mismo. Te llamaré en breve al número que aparece en el listado de alumnos con la esperanza de que sea correcto y esté actualizado.

Con muchos buenos recuerdos,

MARK MELLERY

P. S. Aunque termines tan desconcertado como yo por este problema y no puedas ofrecerme ningún consejo, no dejará de ser un placer volver a verte.

La llamada había llegado dos días después. Gurney había reconocido la voz de inmediato, pues inquietantemente no había cambiado, salvo por un leve temblor de ansiedad.

23

Después de unos pocos comentarios de autodesaprobación por no haber mantenido el contacto, Mellery fue al grano. ¿Podía ver a Gurney dentro de unos días? Cuanto antes mejor, porque la «situación» era urgente. Había ocurrido otro «suceso». Realmente era imposible hablarlo por teléfono, como Gurney comprendería cuando se vieran. Mellery tenía que enseñarle unas cosas. No, no era un asunto para la Policía local, por razones que le explicaría cuando se vieran. No, tampoco era una cuestión legal, al menos de momento. No se había cometido ningún delito, ni nadie había sido específicamente amenazado, al menos no podía probarlo. Señor, era tan difícil hablar de esta manera; sería mucho más fácil hacerlo en persona. Sí, se daba cuenta de que Gurney no se dedicaba a la investigación privada. Pero sólo media hora: ¿disponía de media hora?

Gurney aceptó, pese a los sentimientos contradictorios que había experimentado desde el principio. Su curiosidad solía imponerse a su reticencia; en este caso tenía curiosidad por el

atisbo de histeria que acechaba en el matiz melifuo de la voz de Mellery. Y, por supuesto, un enigma por descifrar le atraía más poderosamente de lo que iba a admitir.

Después de releer por tercera vez el mensaje de correo electrónico, Gurney volvió a guardarlo en la carpeta y dejó que su mente vagara por los recuerdos que despertaba en los rincones de su memoria: las clases matinales en las que Mellery se había presentado resacoso y aburrido, el modo gradual en que volvía a la vida por la tarde, sus pullas de ingenio irlandés y su perspicacia a altas horas de la noche, potenciada por el alcohol. Era un actor nato, estrella indiscutida de la sociedad dramática de la facultad: un hombre joven que, por más lleno de vida que pudiera estar en el Shamrock Bar, estaba sin duda el doble de vivo encima del escenario. Dependía del público: un hombre que sólo alcanzaba su máxima cota bajo la nutritiva luz de la admiración.

24 Gurney abrió la carpeta y miró el mensaje una vez más. Le molestaba cómo describía Mellery su relación. El contacto entre ellos había sido menos frecuente, menos significativo y menos amistoso de lo que sugería. Sin embargo, tenía la impresión de que Mellery había elegido sus palabras con esmero —a pesar de su sencillez, la nota había sido escrita y reescrita, ponderada y corregida— y que la adulación, como el resto de la carta, tenía un objetivo. Ahora bien, ¿cuál era ese objetivo? El más obvio era asegurarse de que Gurney aceptara una reunión cara a cara y comprometerlo en la solución de fuera cual fuese el «misterio» que había surgido. Más allá de eso, resultaba difícil saberlo. Estaba claro que el problema revestía su importancia, lo cual explicaría el tiempo y la atención que sin duda se había tomado para que las frases fluyeran y causaran la sensación buscada, para que expresaran una mezcla eficaz de afectuosidad y angustia.

Sin olvidar el detalle de la posdata. Además del sutil desafío implícito en la sugerencia de que Gurney podría ser derrotado por el enigma, fuera cual fuese, también obstruía una ruta de salida fácil, y dificultaba cualquier posible excusa que pudiera verse tentado a dar, en el sentido de que no se dedicaba a la

investigación privada o de que no podría resultarle útil. El objetivo de la redacción era identificar cualquier reticencia a reunirse con él como un grosero rechazo a un viejo amigo.

Sin duda, se había esmerado a la hora de redactar el mensaje.

Meticulosidad. Eso era algo nuevo, ¿no? Sin duda esa cualidad no era una piedra angular del viejo Mark Mellery.

Este cambio le parecía interesante.

En el momento perfecto, Madeleine salió por la puerta de atrás de la casa y recorrió unos dos tercios del camino hasta donde se hallaba sentado Gurney.

—Ha llegado tu invitado —anunció de plano.

—¿Dónde está?

—En casa.

Gurney bajó la mirada. Una hormiga avanzaba zigzagueando por el brazo de su silla. La hizo salir volando de un capirotazo.

—Pídele que venga aquí —dijo—. Hace demasiado buen día para estar dentro.

—¿Verdad que sí? —contestó ella, haciendo que el comentario sonara conmovedor e irónico al mismo tiempo—. Por cierto, tiene la misma pinta que en su foto de la solapa; todavía más.

—¿Todavía más qué? ¿Qué se supone que significa eso?

Madeleine ya estaba volviendo a la casa y no respondió.

Te conozco tan bien
que sé lo que estás pensando

Mark Mellery avanzó a grandes zancadas por la hierba. Se acercó a Gurney como si planeara abrazarlo, pero algo le hizo reconsiderar tal muestra de afecto.

—¡Davey! —exclamó, extendiendo la mano.

«¿Davey?»

—¡Dios mío! —continuó Mellery—. ¡Estás igual! Vaya, ¡me alegro de verte! Me alegro de verte tan bien. ¡Davey Gurney! En Fordham decían que te parecías a Robert Redford en *Todos los hombres del presidente*. Aún te pareces, ¡no has cambiado nada! Si no supiera que tienes cuarenta y siete años como yo, diría que tienes treinta.

26

Agarró la mano de Gurney entre las suyas como si fuera un objeto precioso.

—Mientras venía conduciendo desde Peony, estaba recordando lo tranquilo y sereno que eras siempre. Un oasis emocional, eso es lo que eras, ¡un oasis emocional! Y aún tienes ese aspecto. Davey Gurney: calmado, tranquilo y sereno, además de poseer la mente más aguda de la ciudad. ¿Cómo te ha ido?

—He sido afortunado —dijo Gurney, liberando la mano y hablando con un tono tan carente de emoción como cargado de entusiasmo lo estaba el de Mellery—. No puedo quejarme.

—Afortunado... —Mellery pronunció las sílabas como si tratara de recordar el significado de una palabra extranjera—. Tienes una casa bonita. Muy bonita.

—Madeleine tiene buen ojo para estas cosas. ¿Nos sentamos? —Gurney señaló un par de sillas de teca ajadas por el clima y situadas una frente a otra entre el manzano y una pila de agua para pájaros.

Mellery empezó a dirigirse hacia el lugar indicado, pero se detuvo.

—Me he dejado...

—¿Puede ser esto?

Madeleine estaba caminando hacia ellos desde la casa, sosteniendo ante sí un elegante maletín. Discreto y caro, era como todo lo demás en la apariencia de Mellery, desde los zapatos ingleses de importación (aunque confortablemente ablandados y no demasiado lustrados) hasta la americana de cachemir entallada a la perfección (si bien levemente arrugada): un aspecto al parecer calculado para apuntar que allí había un hombre que sabía cómo emplear el dinero sin dejar que éste lo usara a él, un hombre que había logrado el éxito sin adorarlo, un hombre al que la buena fortuna le llegaba de un modo natural. En cambio, la mirada atribulada expresaba un mensaje diferente.

—Ah, sí, gracias —dijo Mellery, aceptando el maletín de Madeleine con evidente alivio—. Pero ¿dónde...?

—Te lo has dejado en la mesita de café.

—Sí, claro. Estoy un poco despistado hoy. Gracias.

—¿Quieres tomar algo?

—¿Tomar?

—Tenemos un poco de té helado. O, si prefieres otra cosa...

—No, no, el té es perfecto. Gracias.

Mientras Gurney observaba a su antiguo compañero de clase, de repente se le ocurrió lo que Madeleine había querido decir con que Mellery tenía la misma pinta que en la foto de la solapa de sus libros, «todavía más».

La cualidad más evidente en la fotografía era una suerte de perfección informal: la ilusión de un retrato espontáneo, aficionado, pero sin las sombras poco favorecedoras o la composición torpe que caracterizan un retrato aficionado auténtico. Mellery personificaba justo ese sentido de descuido de elaboración artesana, el deseo guiado por el ego de no mostrar el ego. Como de costumbre, la percepción de Madeleine había sido atinada.

—En tu *mail* mencionabas un problema —dijo Gurney, yendo al grano con una brusquedad rayana con la grosería.

—Sí —respondió Mellery.

Sin embargo, en lugar de ir al grano, Mellery evocó un

recuerdo que parecía concebido para dar una puntada más en el lazo de obligación que implicaba su antigua camaradería. Narró un debate tonto que un compañero de clase de ambos había mantenido con un profesor de filosofía. Durante su relato, se refirió a sí mismo, a Gurney y al protagonista como los Tres Mosqueteros del campus de Rose Hill, tratando de lograr que una anécdota de segundo curso sonara heroica. A Gurney el intento le resultó embarazoso y no ofreció a su invitado ninguna respuesta más allá de la mirada expectante.

—Bueno —dijo Mellery, volviendo con incomodidad al asunto que les ocupaba—. No sé muy bien por dónde empezar.

«Si no sabes por dónde empezar tu propia historia, qué demonios haces aquí», pensó Gurney.

Mellery finalmente abrió su maletín, retiró dos libros delgados en rústica y se los entregó a Gurney, con cuidado, como si fueran frágiles. Eran los libros descritos en las páginas de la web que había impreso Madeleine y que él había mirado antes. Uno se titulaba *Lo único que importa* y tenía el subtítulo: «El poder de la conciencia para salvar vidas». El otro se titulaba *Con toda sinceridad* y el subtítulo rezaba: «La única forma de ser feliz».

28

—Puede que no hayas oído hablar de estos libros. Tuvieron un éxito moderado, pero no fueron lo que se dice superventas. —Mellery sonrió con lo que parecía una imitación bien practicada de la humildad—. No estoy sugiriendo que tengas que leerlos ahora mismo. —Volvió a sonreír como si eso le divirtiera—. No obstante, podrían darte una pista respecto a lo que está ocurriendo, o a por qué está ocurriendo, una vez que te explique mi problema..., o quizá debería decir mi problema aparente. Todo este asunto me tiene un poco perplejo.

«Y más que un poco asustado», pensó Gurney.

Mellery respiró hondo, hizo una pausa y empezó su relato como un hombre que camina con frágil determinación hacia una ola de agua helada.

—Primero debería hablarte de las notas que he recibido.

Buscó en su maletín y sacó dos sobres. Abrió uno, extrajo de él una hoja de papel en blanco con texto escrito a mano por una cara y otro sobre más pequeño del tamaño de una tarjeta de invitación. Le pasó el papel a Gurney.

—Ésta fue la primera comunicación que recibí, hace unas tres semanas.

Gurney cogió el papel y se apoyó en el respaldo de la silla para examinarlo. A la primera notó la pulcritud de la caligrafía. Las palabras estaban escritas de un modo preciso y elegante: de inmediato le vino a la mente la imagen de la hermana Mary Joseph mientras escribía en la pizarra de su escuela de primaria. Sin embargo, más extraño si cabe que la escrupulosa caligrafía era el hecho de que la nota se había escrito con pluma y tinta roja. ¿Tinta roja? El abuelo de Gurney había usado tinta roja. Tenía frasquitos redondos de tinta azul, verde y roja. Recordaba muy poco de su abuelo, pero recordaba la tinta. ¿Aún se vendía tinta roja para pluma?

Gurney leyó la nota torciendo el gesto, luego volvió a leerla. No había ni saludo ni firma.

¿Crees en el destino? Yo sí, porque pensaba que no volvería a verte y, de repente, un día, allí estaba. Todo volvió: cómo sonaba, cómo se movía, y más que ninguna otra cosa, cómo pensaba. Si alguien te pidiera que pensaras en un número, yo sé en qué número pensarías. ¿No me crees? Te lo demostraré. Piensa en cualquier número del uno al mil: el primero que se te ocurra. Imagínatelo. Ahora verás lo bien que conozco tus secretos. Abre el sobrecito.

29

Gurney emitió un gruñido evasivo y miró de manera inquisitiva a Mellery, que había estado observándolo mientras leía.

—¿Tienes alguna idea de quién te envió esto?

—Ni la menor idea.

—¿Alguna sospecha?

—No.

—Hum. ¿Participaste en el juego?

—¿El juego? —Estaba claro que Mellery no lo consideraba así—. Si lo que quieres decir es si pensé en un número, sí. En esas circunstancias habría sido difícil no hacerlo.

—¿Así que pensaste en un número?

—Sí.

—¿Y?

Mellery se aclaró la garganta.

—El número en el que pensé era el seiscientos cincuenta y ocho.

Lo repitió, articulando los dígitos (seis, cinco, ocho), como si pudieran significar algo para Gurney. Cuando vio que no, respiró con nerviosismo y continuó.

—El número seiscientos cincuenta y ocho no tiene ningún significado especial para mí. Sólo fue el primero que se me ocurrió. Me he devanado los sesos, tratando de recordar algo que pudiera asociar con él, cualquier razón por la que pudiera haberlo elegido, pero no se me ha ocurrido nada. Es sólo el primero que se me ocurrió —insistió con nerviosa sinceridad.

Gurney lo miró con creciente interés.

—¿Y en el sobrecito...?

Mellery le pasó el sobre que acompañaba la nota y observó con atención mientras Gurney lo abría, sacaba un trozo de libreta y leía el mensaje escrito en el mismo estilo delicado y con la misma tinta roja.

30

¿Te sorprende que supiera que ibas a elegir el 658?

¿Quién te conoce tan bien? Si quieres la respuesta, primero has de devolverme los 289,87 dólares que me costó encontrarte.

Envía esa cantidad exacta a:

P. O. Box 49449, Wycherly, CT 61010

Envíame EFECTIVO o un CHEQUE NOMINATIVO

Hazlo a nombre de X. Arybdis

(Ése no siempre fue mi nombre.)

Después de volver a leer la nota, Gurney le preguntó si había contestado.

—Sí. Envié un cheque por el importe mencionado.

—¿Por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Es mucho dinero. ¿Por qué decidiste mandarlo?

—Porque me estaba volviendo loco. El número, ¿cómo podía saberlo?

—¿Han cobrado el cheque?

—No, lo cierto es que no —dijo Mellery—. He estado controlando mi cuenta a diario. Por eso envié un cheque en lugar de efectivo. Pensaba que podría ser una buena idea para averi-

guar algo respecto a ese tal Arybdis; al menos sabría dónde depositaba los cheques. Todo el asunto era muy inquietante.

—¿Qué te inquietaba exactamente?

—¡El número, por supuesto! —gritó Mellery—. ¿Cómo podía ese tipo saber algo así?

—Buena pregunta —dijo Gurney—. ¿Ese tipo?

—¿Qué? Ah, ya veo a qué te refieres. Sólo pensaba..., no lo sé, es sólo lo que se me ocurrió. Supongo que X. Arybdis me sonaba masculino por alguna razón.

—X. Arybdis. Es un nombre muy extraño —dijo Gurney—. ¿Significa algo para ti? ¿Te suena de algo?

—De nada.

El nombre no significaba nada para Gurney, pero tampoco le sonaba del todo ajeno. Se tratara de lo que se tratase estaba sepultado en su memoria.

—Después de que mandaras el cheque, ¿volvió a contactar contigo?

—¡Ah, sí! —dijo Mellery, una vez más buscando en su maletín y sacando otras dos hojas de papel.

—Recibí esta nota hace diez días. Y esta otra el día después de que te enviara mi mensaje preguntando si nos podíamos reunir.

Se las pasó a Gurney, como un niño pequeño que le enseña a su padre dos nuevos moratones. Parecían estar escritas por la misma mano meticulosa y con la misma pluma que las dos primeras notas, pero el tono había cambiado.

La primera estaba compuesta por ocho breves líneas:

¿Cuántos ángeles brillantes
bailan sobre un alfiler?
¿Cuántos anhelos se ahogan
por el hecho de beber?
¿Has pensado alguna vez
que el vaso era un gatillo
y que un día te dirás:
«Dios mío, cómo he podido»?

Las ocho líneas de la segunda eran igual de crípticas y amenazadoras:

Darás lo que has quitado
al recibir lo dado.
Sé todo lo que piensas,
sé cuándo parpadeas,
sé dónde has estado,
sé adónde irán tus pasos.
Vamos a vernos solos,
señor 658.

A lo largo de los diez minutos siguientes, durante los cuales leyó cada nota media docena de veces, la expresión de Gurney se tornó más oscura, y la angustia de Mellery, más obvia.

—¿Qué piensas? —preguntó Mellery al fin.

—Tienes un enemigo listo.

—Me refiero a qué piensas de la cuestión del número.

—¿Qué?

—¿Cómo podía saber qué número se me ocurriría?

—De buenas a primeras, diría que no lo podía saber.

32 —¿No podía saberlo, pero lo sabía! O sea, ésa es la clave, ¿no? No podía saberlo, pero lo sabía. Nadie podía saber que el número en el que pensaría sería el seiscientos cincuenta y ocho, pero no sólo lo sabía, sino que lo sabía al menos dos días antes que yo, cuando echó la maldita carta al correo.

Mellery, de repente, se levantó de la silla, caminó por el césped hacia la casa y volvió, pasándose las manos por el cabello.

—No hay forma científica de hacerlo. No hay forma concebible de lograrlo. ¿No te das cuenta de lo descabellado que es esto?

Gurney estaba apoyando la barbilla en las puntas de sus dedos en ademán pensativo.

—Hay un principio filosófico simple que me parece fiable al cien por cien. Si ocurre algo, tiene que haber una forma de que ocurra. Este asunto de los números ha de tener una explicación simple.

—Pero...

Gurney levantó la mano como el joven agente de tráfico que había sido durante sus primeros seis meses en el Departamento de Policía de Nueva York.

—Siéntate. Relájate. Estoy seguro de que conseguiremos averiguarlo.